

Inútil es decir que el pecho mío guarda incansable tu recuerdo amado como guarda en su fondo el manso río las dulces florecillas de un granado, que al agua inclina su ramaje umbrío.

Inútil es decir, por fin, hermosa, que dulce y bella y celestial fulgura aquí en mi corazón tu imagen pura con la luz inefable y misteriosa del sol que se hunde en la montaña oscura.

Inútil es decirlo cuando sabes que nunca será infiel el alma mía á esa inmensa pasión, que es mi alegría: yo soy para mi amor como las aves, que nunca dejan de cantar al día.

Yo siempre seré el mismo, pues no ignoras mi manera de ser, de que hago alarde; y aquí, como á tu lado, á todas horas he de llorar por nuestro amor, que aun arde; por la dicha perdida que tú lloras.

Aquí, á la orilla de la mansa fuente, que en la hierba se arrastra suavemente, y á la sombra del olmo ennegrecido, pensaré en nuestro amor eternamente, mientras cantan las aves junto al nido.

Pensaré en aquel día venturoso que el fuego me abrasó de tu mirada, cuando del fondo de la mar callada se eleve el astro de la noche hermoso y en él te vea el alma reflejada.

Pensaré en aquel tiempo ya pasado, testigo de un amor apasionado, y que no ha de tornar, aunque lo ansío, cuando el soplo del viento huracanado lance la rosa deshojada al río.

Pensaré en nuestra dicha pasajera, cuando del sol la enrojecida lumbre débilmente colore la pradera y tenue esmalte la encrespada cumbre donde su último rayo reverbera.

Ya ves, mi bien, que aquí donde he vivido ignorado del mundo tantos años, tan sólo pienso en el placer perdido, porque más me atormenten desengaños que nunca podré echar en el olvido.

Hoy, sólo al escribirte, honda pena nubla atrevida mi serena frente: la sombra del pasado me envenena, y aquí en el alma, de tristeza llena, sólo tú brillas con fulgor ardiente.

Por eso, aunque lo siento, te aseguro que hoy te escribo, mi bien, por vez postrera; aunque jamás olvidaré, lo juro, este amor imposible que naciera lejos del mundo por morir oscuro.

No tengas que llorar, sigue el camino que trazó nuestra suerte desdichada, que es posible que al fin de la jornada halles la dicha que robó el destino, la alegría y la paz acariciada.

Adiós, mi amor: no esperes intranquila que asome la tristeza á mi pupila al volverte á escribir cual tú lo hiciste: cuando la fe del corazón vacila, hasta pensar en el amor es triste.

Cuando muerta la dicha y la esperanza llora el alma sumida en desconsuelo, entre el hoy y el ayer se extiende un velo, y se busca la paz y la bonanza en un rincón donde se vea el cielo.

Cuando el pecho se agita estremecido lejos del ser por quien su vida alienta, bajo un brazo del árbol extendido espera que se aleje la tormenta y torne á renacer el bien perdido.

Ten confianza en Dios y á Dios roguemos, que él secará este llanto que vertemos, bendiciendo el amor que ambicionamos; pues si el cielo es verdad y al cielo vamos, es posible que allí nos encontremos.

PEDRO BONET ALCANTARILLA

## CADIZ

¿Quién no ha soñado alguna vez con Cádiz, con verla salir, como aparición maravillosa, del mar?

puesta de altos edificios cuajados de alegres azoteas y balcones, en los que lucen la persiana oriental y la andaluza maceta; rectas y uniformes sus calles, que, vistas en escorzo, ofrecen babilónica profusión de luces y cristales; adornada de públicos edificios que le dan aspecto de ciudad noble y fastuosa; reforzada de cuarteles donde alegran los ojos las pintorescas escenas militares; orgullosa con su breve cuanto preciosa catedral, en cuyas cuevas subterráneas, admirables con sus atrevidos arcos adintelados y convertidas en negros panteones, duermen el sueño eterno sacerdotes y obispos soportando el terrible estruendo del Atlántico; alegre con



Nuevos abrigos

Sea de origen tirio, al decir de escritores griegos y romanos; fuese fundada, aceptando la suposición de antiguas crónicas, por Archelao; construyérase para emporio del comercio y la riqueza, como asegura Diodoro Sículo, por los navegantes que arribaron en antiguos tiempos á su suelo; ya se la suponga ostentosa hija de Tyro, capital rica y floreciente de Fenicia, amiga de Roma, como la designó Cicerón; la ciudad de Gades, así llamada bajo el dominio de Publio Cornelio Scipion, es, elevada allí cerca de donde alzó sus columnas el soberano templo de Hércules, la población mejor echada por Dios á orilla de los mares, y la que, recordando su pasada historia, mejor se abre, á semejanza de rosa en el vaso, entre las olas que vienen á ceñirla con su espuma.

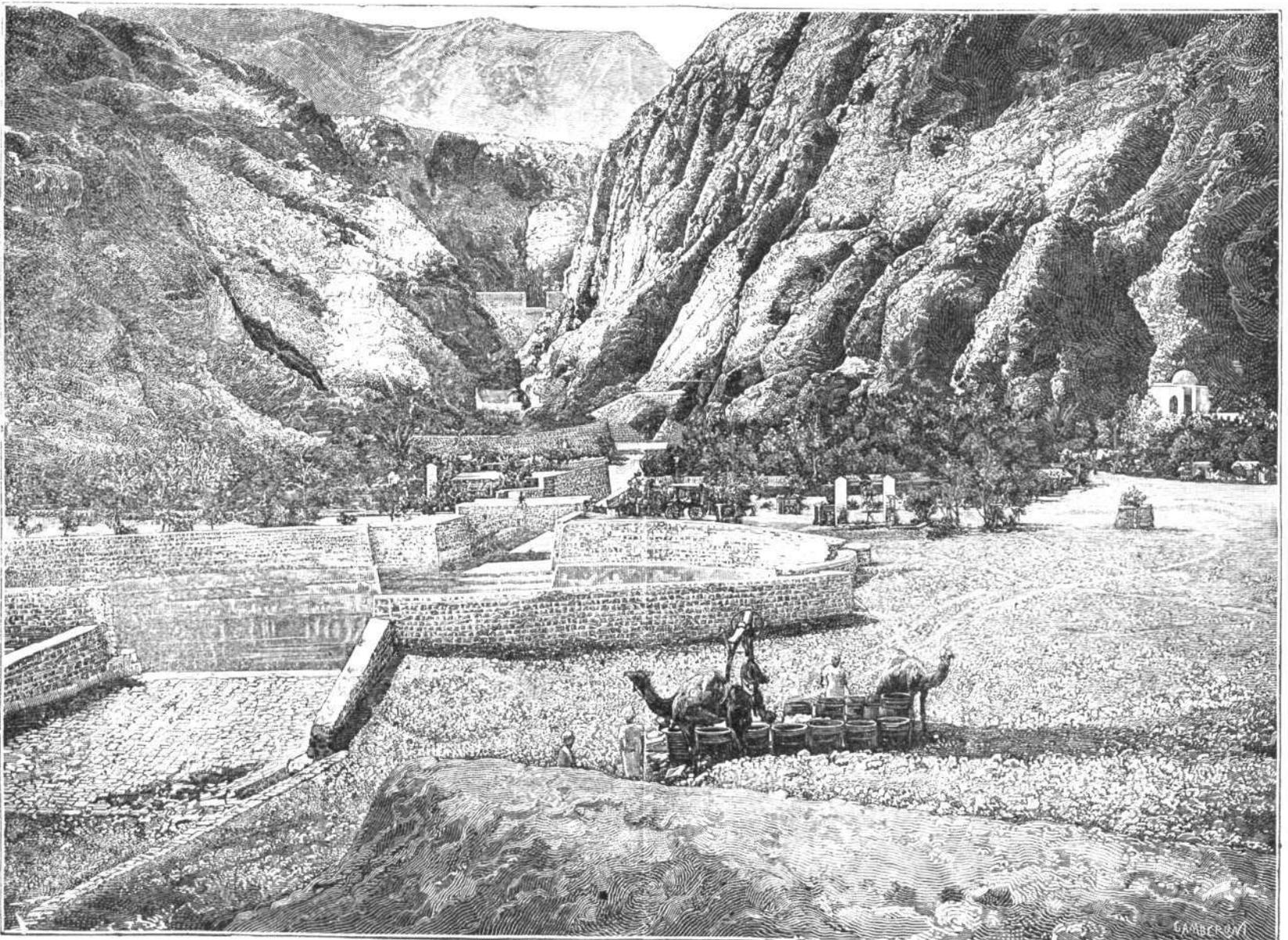
Rodeada de murallas que sostienen fuertes cañones; presa en el cinturón de naves que constantemente se deslizan por su costa; com-

sus paseos y sus plazas, que recuerdan las pintorescas y llenas de luz de Sevilla; ilustrada con su admirable prensa; noble con sus casinos y sociedades donde al saber se une la más obsequiosa galantería; vestida á la andaluza con sus ventas á estilo de la risueña Málaga; habitada por una de las sociedades más cultas de la tierra; llenas sus veladas y fiestas de mujeres que hicieron á Byron preludiar la lira sublime; bella; rumbosa; galante como caballero español de siglos pasados; la ciudad que apenas pisa el viajero la quiere elegir para su patria, es, como dice la fantasía popular, una brillante taza de plata, nido residencia del sol, según Silio Itálico, donde descansaba de su larga carrera diurna.

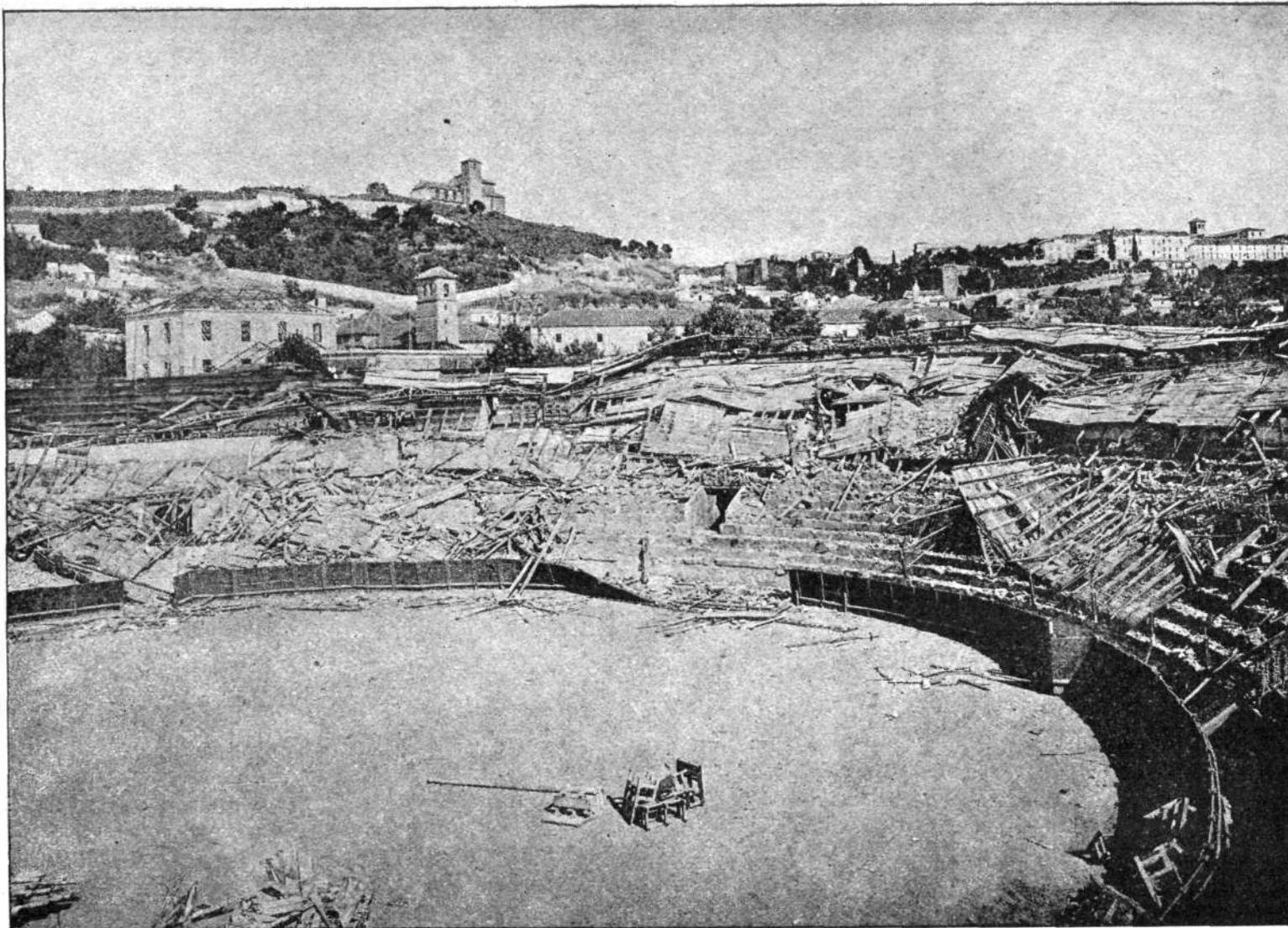
Si la imaginación, enamorada de las edades clásicas, no percibe en su seno vestigios del anfiteatro destinado á fingir batallas navales, ni se para á admirar las estatuas que adornaron



VISTA GENERAL DE SUAKIM



ANTIGUOS ALGIBES DE ADEN



GRANADA: RUINAS DE LA PLAZA DE TOROS, CAUSADAS POR EL CICLÓN DEL DÍA 17 DE AGOSTO (fotografía del Sr. Ayola)



LA PARTE DE LOS CORRALES (fotografía del Sr. Ayola)

sus plazas, ni ve elevarse en los espacios la silueta del templo construido á Minerva; si en vano busca las estelas de las naves de Hirán; si no asiste á las fiestas celebradas por César á su regreso de Córdoba, ni oye la voz de Columela, ni cuenta los quinientos *quirites* del tiempo de Augusto; advierte en sus murallas algo de las pasadas civilizaciones, algo que es á las ciudades lo que el aroma de flores al vaso en que estuvieron.

Pero este vestigio de grandeza que contrasta con la soledad que pesa en su recinto, con la extinción de su comercio y la desaparición de las grandes empresas de sus naves, despierta honda compasión en el alma, porque, dotada la ciudad de tantos prodigios y bellezas, vive los fatigosos instantes de su muerte recostada en el peñón que vienen á cubrir las olas de blanco sudario y á engarzarlo en perlas ilusorias, en

derramar á torrentes el día. Tú, pobre Cádiz, no tendrás nuevas auroras con que ornar tus sienas de diosa; tú sólo vives la vida inmortal de la historia. ¡Has muerto, has muerto para siempre!

SALVADOR RUEDA

## CLICHÉ

¿Quién es él?

Contempladle: está de frente;  
su cara parece un queso;  
tiene un mirar tan travieso  
que repele cual serpiente.  
Bigote semipostizo  
que con fastidio se enrosca

á lo bueno lo murmura  
y á lo malo dignifica.

Desgraciado del que él pilla,  
despreciando sus asertos:  
que se cuente con los muertos  
después de un duelo á... boquilla.

Tiene más gloria que el *Cid*  
y más fuerza que *Sansón*:  
no descuida en ocasión  
su gran revólver *Smith*.

Cita sus antepasados,  
con más glorias y más *done*s  
que una beata sermones  
lleva en iglesia escuchados.

Habla siempre de millones  
entre fincas y papel,  
y por cobrar va tras él,  
el sastre, unos pantalones.

Algún detalle aquí tacho  
que entre manchas va borroso  
y que el lector malicioso  
dirá tal vez sin empacho.

Y si alguno en mí confía  
para saber tales datos,  
le diré que mis retratos  
sólo son... fotografía.

JUAN B. GURRERA

## BOTAS Y ZAPATOS



MISCELÁNEA DE MODAS ZAPATERILES DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

perlas de espuma vanas como su presente historia y su esplendor.

Ya no mira, al bullir sus aguas á la puesta del sol, el suntuoso templo de Saturno, ni llena de cargamentos de plata los mercados de Tyro, ni sostiene tratados de confederación con Roma, ni aspira á ser vencedora de sus rivales.

Hoy alarga la mano temblorosa en demanda de auxilio, vestida con el último traje de los que compusieron su espléndido atavío.

Olvidada en el límite que separa dos poderosos continentes, estrofa inmortal del despedazado poema del mundo antiguo, es, para la España de nuestros días, para sus hombres y para su gobierno, una simple curiosidad histórica, la concha antediluviana incrustada como un esmalte en la roca.

A la hora que veo realizado el sueño de verte ¡oh Cádiz afligida!, sueño que llenó de incesantes anhelos mi alma, las luces de la tarde caen sobre la espalda de tus mares y el sol flota como un escudo de oro en tus olas. La resaca aun parece dejar ver los restos del grandioso anfiteatro sepultado á tus pies para siempre.

Excitado mi cerebro por los melancólicos tonos del día, alza de nuevo en tus destruidas plazas tus estatuas, hace llegar á tu bahía las flotas que en otros tiempos te cercaron, asiste á las clásicas fiestas que te arrullaban cuando eras palacio de los triunfadores del mundo, eleva de nuevo tus templos, y quiere volverte á tu pasada gloria y tu esplendor.

Pero te han dejado morir para siempre. La noche cierra ahora con majestad augusta sobre el Atlántico para otra vez dejar salir el sol y

con una mano más tosca que cuando Dios se la hizo.

Arco iris por corbata como tapiz de alquiler, donde prende un alfiler con pretensiones de plata.

De oro brava cadena, cual recuerdo de presidio, destaca con gran fastidio sobre su panza rellena.

Sus meñiques lleva envueltos en estuche de brillantes do destellos fulgurantes con *pezuñas* van revueltos.

Tal ofrece sin reposo ese tipo así mirado: si se mira de otro lado es mucho más delicioso.

Mímica de charlatán para hablar por sus dos codos; emplea muy buenos modos con cualquier asno patán.

Si con personas alterna, como acontece á menudo, sienta plaza de antirruído con modales de taberna.

*Non plus ultra* del progreso con pretension insensata, en todo mete su pata ó su cabeza sin seso.

A fuerza de petulancia, del buen sentido á paciencia, hace escabel de la ciencia para su crasa ignorancia.

Lo que no sabe critica, lo que no ve lo censura,

pobre y miserable. Sólo el clero, la milicia y los empleados del Gobierno gozan de una existencia holgada y feliz en *Cualquier-Parte*.

A falta de otra cosa más digna de ser vista, mis compañeros de viaje y yo nos dirigimos á visitar los establecimientos benéficos: la Inclusa, el Hospicio, el Hospital y los dos Asilos de Caridad para ancianos de ambos sexos.

Todas estas cinco dependencias, que la provincia costea espléndidamente, ocupan un solo edificio dividido en otros tantos cuerpos. La fachada es de piedra, estilo churrigueresco, y en el cuarto bajo están instaladas las oficinas y las habitaciones que ocupan las familias de los empleados.

En el vestíbulo se ven innumerables lápidas de mármol con inscripciones doradas: son los nombres de las personas que han hecho á la casa importantes donativos. Sumadas las cantidades que representan esos nombres, la cifra total asciende á unos cuantos millones de pesetas, millones destinados al pobre sin salud, al viejo sin hogar y al niño sin padres.

El portero salió á nuestro encuentro mordiendo un pedazo de pan, y así que se hubo enterado de nuestros deseos nos dijo que el señor director estaba en el campo, en su hacienda de *Manos-Puercas*, á donde iba todos los días á inspeccionar las obras de una casa que tenía en construcción; pero que en su ausencia podíamos ver al señor administrador, que *casualmente se hallaba en su despacho* y que para el caso era lo mismo.

Nos presentamos, pues, al señor administrador, hombre pequeño, gordo, coloradote y con una cara de pascuas que era una delicia el ver-